

Del fascismo fascinante al autoritarismo banal

Defender hoy la universidad pública

por Mia Dragnic García*

En América Latina y el Caribe, la defensa de la universidad pública no puede pensarse al margen de la historia de las luchas que la arrancaron de su condición oligárquica y la convirtieron, al menos como horizonte, en un espacio de democratización del saber.

Antes incluso de Córdoba (1918), la ampliación de la vida universitaria estaba presente en iniciativas como el Congreso Femenino Internacional de Buenos Aires (1910), impulsado por universitarias como Petrona Eyle y Julieta Lanteri. Después vendrían la Reforma de Córdoba, el ciclo de las universidades populares (1918-1925), el reformismo peruano y las lecturas de Mariátegui en los años veinte, las intervenciones de Amanda Labarca en Chile y, más tarde, las formulaciones de Anísio Teixeira y Darcy Ribeiro sobre una universidad pública necesaria para nuestros pueblos. En ese recorrido, la cuestión universitaria dejó de ser un asunto meramente estatutario y quedó ligada a la relación entre educación, emancipación y transformación social.

Esa tradición, por supuesto, no fue lineal ni estuvo exenta de derrotas, pero aun así le confirió a la universidad latinoamericana un significado que todavía orienta muchas de las preguntas que hoy la atraviesan. La universidad pública no puede ser comprendida como una estructura administrativa que está destinada únicamente a la certificación profesional. Su democratización no se resolvió en la ampliación del acceso ni en la incorporación gradual de sectores que antes estaban excluidos. Esta implicó una reorientación de su función histórica que la volvió un escenario de conflictos sociales y disputas por la legitimidad del saber.

Educación de mercado

En Chile, esa historia asumió una inflexión profunda con la mercantilización de la educación superior que impuso la dictadura a comienzos de los años ochenta. Los decretos con fuerza de ley de 1981 promovieron la expansión de instituciones privadas, desarticulando la red pública, fragmentando las grandes universidades estatales y alterando su financiamiento, trasladando una parte creciente de los costos al estudiantado y a sus familias. Desde entonces, la autonomía universitaria dejó de tener que ver únicamente con la defensa frente a

la injerencia estatal y empezó a estar atravesada por la dependencia del mercado y la exigencia de sostenerse bajo condiciones de autofinanciamiento. Esa presión tampoco se distribuye de manera homogénea dentro de la propia universidad y afecta con particular intensidad a aquellos espacios menos ajustables a la lógica del rendimiento, entre ellos las artes y las humanidades.

La transición democrática, aunque amplió la cobertura y fortaleció ciertos mecanismos de regulación, no desmontó esa matriz. Más bien administró sus efectos, combinando expansión con segmentación institucional, endeudamiento y desigualdad. Por eso las movilizaciones de los años 2006 y 2011 no pueden leerse solo como protestas sectoriales. A través de ellas se instaló en el debate público la pregunta por quién debía financiar la educación, qué lugar le correspondía al Estado y qué forma de vida común podía reconstruirse tras décadas de neoliberalismo. Tal vez por eso los autoritarismos -abiertos o banales, espectaculares o administrativos- terminan chocando con la universidad. De ahí que su defensa siga siendo una tarea política e intelectual urgente.

Fascinación y banalidad

La universidad es un espacio significativo para observar las mutaciones del autoritarismo. El presente nos obliga a reconocer que este ya no puede pensarse solo bajo las formas que asumió a lo largo del siglo XX. Muchas veces actúa mediante dispositivos de autocorrección que preservan la superficie institucional mientras alteran desde el interior sus condiciones de existencia.

Cuando Susan Sontag escribió sobre la fascinación del fascismo, comprendió que este había sido también una sensibilidad política, una manera de volver deseables la jerarquía, la obediencia y la sumisión bajo el signo de la belleza. En su lectura sobre Leni Riefenstahl (1902-2003), lo importante no es únicamente la propaganda desarrollada en *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens*, 1935) y *Olympia* (1938), también es la persistencia de esa misma estética en obras posteriores como *Los Nuba* (*Die Nuba*, 1973). En ella la belleza también aparece anudada a la fuerza, al orden y a lo monumental. *Los Nuba* no constituye una inflexión en su trayectoria, sino la persistencia de un mismo núcleo estético-político, que se hace visible en el culto a la pose viril, la glorificación del cuerpo y la estetización de la disciplina. Es decir, por medio de una imaginación de la belleza que está siempre ligada al orden.

Lo fascista que fascina no es solo la violencia, es la capacidad de hacer deseable la dominación. Nuestro presente, sin embargo, parece exigir el reverso de esa escena. La comparación con el presente no

busca oponer un fascismo grandioso a una variante menor. Intenta distinguir dos formas históricas del autoritarismo que nos sirvan para comprender el tiempo que nos toca. Si en la obra de Riefenstahl el poder se representa bajo una forma estético-monumental, sus expresiones actuales tienden a operar en registros más banales y administrativos. Los discursos autoritarios que hoy circulan no necesitan exhibir grandeza para producir obediencia. En este punto, Hannah Arendt vuelve visible un aspecto central del problema. Al desplazar la pregunta desde la fascinación del poder hacia la banalidad del mal, da cuenta cómo la dominación puede prescindir de toda épica y desplegarse mediante una racionalidad que simula neutralidad y habla en nombre de la técnica. Allí la responsabilidad se desdibuja y decisiones que socavan el bien común aparecen como una simple aplicación de normas. Lo crucial en Arendt no es solo que el mal pueda administrarse burocráticamente, es que esa maquinaria descansa en una renuncia a pensar lo que se hace, que termina haciendo habitual lo intolerable. Arendt nos obligó a observar una dimensión del mal político y de su poder de devastación al advertir que puede funcionar sin espectacularidad. Su banalidad indica un régimen de normalización en el que el terror deja de ser excepción y se torna rutina. Entre el fascismo fascinante que analizó Sontag y la banalidad del mal que pensó Arendt se abre una pregunta clave para nuestro tiempo. La universidad latinoamericana es uno de los lugares donde esto se deja leer con claridad, porque en ella el autoritarismo confronta una forma de vida intelectual que a lo largo del tiempo ha estado ligada a la crítica.

Nuevos autoritarismos

Mirado desde Chile, el presente se inscribe en una coyuntura que está activa en distintos países, en los cuales derechas extremas y gobiernos neoconservadores han ganado terreno al calor de la crisis de representación, la securitización de la vida social y el desgaste de las promesas democráticas del ciclo neoliberal. El agotamiento de la democracia transicional chilena ha abierto espacio a estas derivas.

Los nuevos autoritarismos introducen una economía del miedo y actúan desde dentro en la medida en que las instituciones anticipan el castigo y aprenden a gestionarlo. Uno de sus efectos más visibles aparece, por ejemplo, cuando la autocensura empieza a transformarse en un hecho político generalizado.

En marzo de 2025, la administración Trump canceló aproximadamente 400 millones de dólares en subvenciones y contratos federales a Columbia. Días después, la universidad aceptó parte de las exigencias oficiales para abrir una ne-

gociación con el gobierno, entre ellas reforzar la seguridad y someter programas académicos a mecanismos extraordinarios de supervisión. Lo significativo de esta situación fue la rapidez con que se organizó una estrategia de disciplinamiento entre un gobierno y una universidad privada de élite. A través de Columbia, se empujó a la institución universitaria a negociar las condiciones de su docilidad. Posteriormente, el arresto de Mahmoud Khalil hizo visible cómo la lógica fronteriza irrumpió en el espacio universitario y el estatuto migratorio se instaló como un instrumento de disciplinamiento político. Lo que se organiza a partir de estas situaciones es un clima en el que pensar o protestar parece imprudente y peligroso. En esas condiciones, la autonomía universitaria se vuelve condicional a la supervivencia material y a la capacidad de no exponerse a sanciones.

La neoliberalización de la educación superior ha profundizado, además, una disociación entre los discursos a través de los cuales la universidad busca legitimarse y las prácticas que efectivamente sostiene. Mientras se legitima mediante lenguajes de derechos humanos, feminismos y participación, con frecuencia tolera diversas formas de desigualdad y abuso de poder. A esto se suma un trabajo intelectual cada vez más capturado por la productividad individual y la competencia curricular, en detrimento de su vínculo con los conflictos de su tiempo. Por eso la defensa de la universidad pública no puede reducirse a un listado estrictamente institucional. Apelar a presupuesto, excelencia o cobertura es insuficiente si no se nombra lo que está realmente en juego.

La universidad pública importa porque aún puede sostener tiempos improductivos para las racionalidades dominantes y preservar saberes que no obedecen por completo al imperativo de la utilidad inmediata. Cuando una democracia pierde las instituciones que resguardan las condiciones de la crítica, empieza a normalizar su propia decadencia. Quizás por eso defenderla exija algo más que una apelación abstracta a la autonomía o a la libertad de pensamiento. Exige comprender que entre la fascinación y la banalidad se está configurando otra forma de obediencia. Frente a esto, la universidad no debería limitarse a resistir. Tendría que volver a ser uno de los pocos lugares que pueda descifrar esas adhesiones y a examinar críticamente qué formas propias de elitización, tecnocratización o renuncia a su vocación pública han facilitado ese avance. ■

Referencias bibliográficas

Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil* (Nueva York: Viking Press, 1963).
Susan Sontag, "Fascinating Fascism," *The New York Review of Books*, 6 de febrero de 1975.

*Doctora en estudios Latinoamericanos